

tafísica: "Ay, esa pequeña mancha es un navío, / esa pequeña mancha es una mariposa que tiene un ala semidestrozada. / Me pertenece a mí. Me pertenece" (27). ¿Revelación de una carencia o de su angustia? Si es carencia el anhelo es el hilo que nos podría guiar a alguna esperanza. Y si es angustia ésta se muestra como estado de iluminación para el ser o, porque no decirlo, como una fuerza purificadora y estoica que bien nos ayuda a sobrevivir el azar con que pasa la vida en Latinoamérica. La casa puede ser también un espacio de tranquilidad existencial en que viaja su ser, como en un barco "que va haciendo su viaje silencioso / por las medrosas aguas de los días" (33). Porque el mundo construido por Bonnett le sugiere al lector el paso por un museo lleno de objetos y situaciones conocidas, los recuerdos y habitáculos de su experiencia personal pueden ser también nuestros. Si dijimos intimidad, para algunos de sus poemas, hemos querido decir también comunión con los demás.

En una segunda parte, titulada "Los cuchillos del alba", se nos antoja un mundo de afuera más desasosegado que aquél de los espacios interiores. Es como si la intimidad doméstica de "El hilo de los días" hubiera extendido su tejido al gran tapete del mundo. En el paisaje injuriado de un país (que no es necesario identificar) las madrugadas se despiertan "con el ronco bramido de las bestias / que son sacrificadas" (43), se adivina una realidad fragmentada; pero el misterio de la soledad y de las cosas está allí para alentar con alguna esperanza secreta: "En las noches sin luna / su callada presencia me ilumina" (45). En su poema "Las memorias de Sodoma", este mito del pasado se vuelve mensajero del presente: "Sobre la infame ciudad / pasó una bandada de aves que huían pavoridas / estremeciendo el cielo con su torvo silencio" (49). Y a veces no podemos evitar ver su relación de la muerte con alguna violencia a su alrededor: "Fueron veintidós, dice la crónica / Diecisiete varones, tres mujeres, / dos niños de miradas alledadas" (51). En algunas de sus imágenes urbanas, el misterio tiene un aire nefasto. El "árbol que extiende su ramaje / sobre la calle maltratada" nos sugiere una ciudad afrentada por la historia; allí la dignidad que tienen los oficientes de la muerte, un gallinazo parado en su espera, tiene "algo de majestuoso" (53). Sin ser local, su poesía no puede evitar sentir el país donde vive.

En "La cicatriz en el espejo" con la que se cierra su poemario, sentimos nuestra herida a través de los otros. Nadie está solo. La cicatriz también puede asumirse mediante las máscaras poéticas que la autora usa; como aquella "embalsamadora", quien cansada de "los ritua-

les todos de la muerte" y tanta ausencia, nos dice hallar su redención en la soledad. Si en la primera parte del libro, titulada "El hilo de los días", se inclinaba a tejer la intimidad misteriosa y vital de las cosas, hacia el final las vidas acongojadas de los otros son la cicatriz en que nos miramos. Algunos existen para sus angustias cotidianas por el acoso de la muerte, como aquellas que padece la muchacha del poema que da nombre a esta sección. A veces, la cicatriz es la marca de un deseo que se viste de ausencia, el hueco en que nos cebamos a esperar ese "Algo que no ha llegado todavía" (67). "La cicatriz en el espejo" marca una proyección de Bonnett, de su vida y carencias.

Podríamos decir que muchos poemas suyos son objetivos por cuanto se ocupan de explorar lo que está afuera de ella; pero sabemos que sus palabras son los hilos del corazón que unen al mundo. No ha venido a juzgar sino a compartir lo que le ha tocado. Porque en sus poemas la realidad se convierte en mensajera de nosotros mismos. *El hilo de los días*, frente a las modas de la política y la batalla de los sexos, y los decimonónicos excesos verbales y adjetivaciones de alguna poesía colombiana que todavía nos agobia, muestra inocencia y sobriedad como virtudes. Su poesía es voluntad de revelar el más allá del mundo que nos rodea: lo que llamamos misterio. Sin dejar de ser histórico, el ser se salva de las fórmulas y prédicas; porque fuera del tiempo cronológico y las nomenclaturas geográficas, sus palabras sufren los enigmas que nos acosan. Libre de artificios, sin otra pretensión que la de compartir con nosotros aunque sea alguna señal lejana que le llega desde el poema, Bonnett escribe su poesía para despertar la realidad.



Javier Echeverri, *El camino del caimán*

Santa Fe de Bogotá, Colcultura, 1996, 198 págs.

Carlos E. Velásquez T.
Universidad Nacional de Colombia, Bogotá

Emprender el viaje a través de *El camino del caimán*, novela ganadora del Premio Nacional de Colcultura versión 1995, es adentrarse en la misma maraña de situaciones, vivencias y dramas que conforman la heterogénea vida de la Colombia marginada. Por sus páginas se nos muestra el complejo orden social del Chocó ac-

tual, no significativamente diferente de otras regiones pobres y marginadas del país, condenadas a sufrir diversidad de conflictos, propiciados por su estado de indefensión y casi total ausencia de gobierno. Javier Echeverri plasma en las páginas de su novela, la vida de las gentes de Caimandó, poblado en el que confluyen diversos grupos humanos, que interactúan de acuerdo con la complejidad de sus cosmogonías; así estas gentes viven casi sin saber del tiempo transitando la selva por *El camino del caimán*.

Es claro el trasfondo sociocultural que encierra el texto de Javier Echeverri. La novela está llena de abundantes imágenes y vocablos nativos. Sin embargo, esta evidente prolijidad es modulada en la narración por la melodiosa cadencia del hablar de los habitantes de la región. Con su sencilla forma de ver el mundo, lejana a tradicional concepción urbana, denuncian la persistente violencia a que son sometidos, con la humilde sencillez con que nuestras gentes cuentan su drama interior.

La novela está constituida por veintinueve capítulos de corta extensión. Por ellos transcurre la vida diaria de las comunidades negra e india, por un lado, y de los blancos terratenientes por otro. Pero el texto de Echeverri es más que eso. Además de la simple diversidad étnica de los habitantes de Caimandó y sus alrededores, esta obra exhibe otros niveles de estratificación que la convierten en un caleidoscopio social; éste no es de ninguna manera diferente de la compleja y delicada situación de la Colombia del fin de siglo.

Existen muchos factores presentes en la novela que acrecientan la inestable movilidad social, marcada por las influencias siempre funestas de actores sociales externos que han introducido tensión sobre los habitantes de Caimandó. Agobiados por la pobreza y por su instinto de supervivencia ceden a la penetración, convirtiéndose siempre en piezas subordinadas del juego de poderes de quienes ejercen algún tipo de autoridad. La explotación del oro, la guerrilla, el tráfico de narcóticos, las actividades ganaderas, paramilitares, etc., son las fuerzas que gobiernan ese reino de dinero que rige las vidas de las gentes humildes.

Posar únicamente la mirada en lo sociopolítico de la obra de Echeverri, sería dejar de lado la vasta riqueza que la novela contiene. *El camino del caimán* tiene la virtud de respirar, oler, saber y cantar. Línea tras línea el lector se sumerge en una variada emanación de manifestaciones que fluyen de la novela y no le dejan salir de la lectura; la poesía popular está continuamente sonorizando la nutrida narración, y es generalmente la presencia de los versos cantados la que articula y motiva los períodos de la misma. La corta extensión de los

capítulos, su disposición y el ritmo narrativo embriagan al lector y lo acoplan a un movimiento ágil y cadencioso.

La riqueza del lenguaje y la presencia de los diferentes registros lingüísticos constituyen otro rasgo importante en la concepción formal de la obra; se escuchan hablar voces negras, indias, blancas, cholos, mestizas, etc. Ellas son la base sobre la cual los demás elementos constitutivos descansan. El lenguaje devela de manera clara y substancial el carácter de la obra de Echeverri. La fuerte presencia de la tierra, la concepción de mundo, de vida, de muerte; en general, la cosmogonía de los diferentes grupos y personajes se deja ver de manera diáfana al leer y escuchar sus voces. A través de las palabras volamos del erotismo a la ternura, o del dolor a la resignación, armónicamente elaborados sobre una estructura polifónica. Nos llegan los ecos de muchos individuos que se funden en variadas direcciones narrativas. Las diversas situaciones y perspectivas (el negro que mira al mar y el indio que mira al río) orientan sus expectativas. Junto lo anterior termina por conformarse el todo de la novela.

La vida y la muerte transcurren juntas por *El camino del caimán*. El mundo existe en ese indefinible estado en el que la distancia entre el objeto y el sujeto no es clara, por eso mientras Caimandó vive sus muertos caminan aún por las calles. Para las gentes del poblado la ruptura interior que trae consigo la modernidad no se ha presentado. Es tal vez por ello que la presencia de la muerte, dramática y dolorosa, convive casi de manera natural con ellos. La magia, la brujería y chamanismo vuelan por la atmósfera hasta la transmutación. Mientras los machetes cortan cabezas y cunden de muerte la orilla del río, una bruja rejuvenece y transmigra de un cuerpo al otro, y la adolescente hija del chamán se pierde en la inmensidad del océano, cabalgando en los lomos azules de las ballenas jorobadas.

La concepción temporal en la obra no es lineal, podría decirse que es total. En tanto para estas gentes no hay ruptura conceptual con respecto a la existencia, aún aquí el tiempo vive en la no determinada dimensión del mito. El mundo de los muertos conforma un universo alterno que por momentos se cruza con el de los vivos. Tanto así que son ellos —tras el velo cauto de la muerte— quienes emprenden el viaje de retorno a la antigua África, en busca del origen. En esta empresa llena de aventura se redime a toda la casta de ánimas errantes que pueblan el Nuevo Mundo, incluso a los fantasmales descubridores que perdidos en la infinitud del mar viajan de nuevo cabalgando las crestas marinas. Mas hay que retornar, se navega a todo trapo de regreso, puesto que la América clama por sus muertos.

Podría decirse una gran cantidad de cosas acerca de la novela de Jaime Echeverri. Es el conocimiento de la gran riqueza de la región chocoana uno de los logros más importantes. Junto con ello, la rica elaboración literaria, finalmente, condujo esta obra a ser considerada como la mejor novela de 1995. En ella existen ciertos rasgos que nos hacen recordar la polifonía de *Pedro Páramo*, o elementos heredados de lo real maravilloso, pero esto sería objeto de un estudio más detallado. Lo que queda por hacer es seguir descubriendo la riqueza interna de la novela por medio de una detenida lectura y una saludable distancia crítica.



Reseña sobre: *El refranero antioqueño. Diccionario fraseológico del habla antioqueña*

Autores: Carlos García Zapata y César Muñoz Arroyave,
editorial Universidad de Antioquia,
Medellín, septiembre de 1996, 292 págs.

Santiago Tobón E.
Universidad Nacional de Colombia

Las inquietudes lexicográficas que se suscitan en torno a las frases proverbiales, refranes, locuciones, y en una manera más general, los fraseologismos, han dado a luz una serie de investigaciones de gran valor no sólo para la paremiología colombiana, sino para la paremiología hispanoamericana y general. *El refranero antioqueño* da cuenta del uso regional de este tipo de expresiones fijas que escapan por completo a la creatividad del lenguaje, por cuanto son reproducidas sin que se puedan introducir en ellas mayores modificaciones.

Con este novedoso rastreo fraseológico recopilado en el habla del departamento de Antioquia, los autores persiguen indicar la influencia de la fraseología española en la herencia cultural regional; por otra parte, se proponen verificar el carácter autóctono de estos fraseologismos enriquecidos con diversas modalidades expresivas que manifiestan nuevas concepciones y relaciones del hombre con su medio.

La preocupación por organizar, a manera de diccionario, esta gama de variantes lingüísticas, nace de la necesidad de marcar distinciones claras entre *locuciones, frases proverbiales y refranes*, que hasta ahora la

lexicografía regional y nacional no ha podido catalogar en un estudio sistemático y disciplinario, dada la confusión y similitud que presentan dichos fraseologismos. Incluso, dentro de la lexicografía española, varias obras, como el *Diccionario de la Real Academia Española*, el *Diccionario de uso español de María Moliner* y el *VOX, Diccionario general ilustrado de la lengua española*, distan mucho de catalogar adecuadamente estas expresiones fijas, debido a la inconsistencia de un único criterio respecto a las acotaciones gramaticales, o debido a la utilización de otro tipo de clasificaciones que no corresponden a una categoría definida.

Los autores de esta obra llegan a establecer una serie de semejanzas y diferencias entre los refranes, las locuciones y las frases proverbiales, atendiendo puntos de vista sintácticos, su sentido figurado y el carácter pragmático, que permiten una clasificación de estos materiales lingüísticos. Al respecto, concluyen:

"1) Si bien no es fácil precisar los límites que existen entre estas expresiones pues participan de características comunes, pueden determinarse algunos rasgos sintácticos, paradigmáticos, o según el grado de fijeza y sentido figurado, que las diferencian; 2) la distinción del refrán respecto de la locución y la frase proverbial permitirá a los redactores de obras lexicográficas (diccionarios, léxicos, glosarios) una adecuada clasificación y ordenación de estas unidades fraseológicas; 3) es necesario prestar mayor atención dentro de la lingüística hispánica al estudio de la fraseología con el fin de elaborar principios teóricos y científicamente fundamentados que logren un eficaz tratamiento de estas expresiones fijas de amplia difusión en la lengua española".

Como se ha venido mencionando, las unidades fraseológicas que hacen parte del diccionario son los refranes: "unidades fraseológicas que se caracterizan por su contenido sentencioso, ya sean bímembres —El que tiene más saliva, traga más hojaldrá—, unímembres —Gallina vieja da buen caldo, o plurímembres —¿Qué se va a hacer cuando el almuerzo es yucas? Comerlas, aunque sean malucas—. Se exceptúan aquellos refranes que no son metafóricos: Al que madruga, Dios le ayuda, y se incluye las semiidiomáticas (con sentido literal y metafórico a la vez)": Así, el refrán *Lo que no mata engorda* puede entenderse en un sentido literal, y en un sentido figurado que denotaría que si las adversidades no quebrantan al hombre, lo vigorizan y le dan experiencia. "Las frases proverbiales: son expresiones espontáneas procedentes del contexto histórico-cultural regional, con independencia sintáctica pero que dependen de algún factor lingüístico pragmático": *Por fin parió Paula; Entre, Jesusita que se moja.* "Las